

M. C. BEATON

AGATHA
RAISIN

The title 'AGATHA RAISIN' is rendered in a large, bold, black, stylized font. The letters are thick and have a slightly irregular, hand-drawn appearance. The 'A' in 'RAISIN' is particularly large and features a silhouette of a woman in a dark dress, holding a magnifying glass up to her eye. The woman's figure is integrated into the right side of the letter 'A'. The overall design is minimalist and graphic.

*y el mago
de Evesham*

Traducción de
Vicente Campos

Círculo de Lectores

UNO

En Inglaterra, concretamente en Evesham, en la región de los Cotswolds, hacía un tiempo tropical. Agatha Raisin condujo hasta el aparcamiento de Merstow Green, apagó el aire acondicionado y el motor, y se dispuso a afrontar el calor bochornoso que, bien lo sabía, la recibiría tan pronto pusiera un pie fuera del coche.

Como muchos, había llegado a la conclusión de que todos los temores sobre el efecto invernadero no eran más que mentiras inventadas y propaladas por ecoterroristas. Pero ese mes de agosto se habían sucedido demasiados días de calor húmedo y pegajoso seguidos de tormentas monzónicas nocturnas. Lo cual cabía calificar de sumamente extraño.

Agatha gruñó al apearse del coche y se acercó hasta la máquina expendedora de tiques del aparcamiento. ¡Menudo día había elegido para teñirse el pelo!

Volvió al coche, puso el tique en la ventanilla y luego se inclinó para mirarse con los ojos entornados en el retrovisor. Su pelo todavía era castaño oscuro, aunque ahora con mechones púrpuras.

Agatha había sufrido una leve depresión tras su «último caso». La señora Raisin se tenía por una detective a la altura de personajes de ficción como Poirot y

lord Peter Wimsey. Era una mujer regordeta de mediana edad, con piernas bonitas, cara rellena y diminutos ojos redondos que contemplaban con suspicacia el mundo que la rodeaba. Siempre se había enorgullecido de su pelo, tupido, castaño y lustroso.

Pero esa misma semana había descubierto canas de un desagradable tono grisáceo que asomaban por todas partes. Se había comprado un baño de color, pero solo había conseguido teñir el gris de púrpura. «Vaya a Mr. John's —le aconsejó la señora Bloxby, la esposa del vicario—. Se encuentra en High Street de Evesham. Según parece es muy bueno. Dicen que el tal Mr. John es un mago tiñendo el pelo.»

Así que Agatha había pedido hora y ahí estaba, en Evesham, una localidad a poco más de quince kilómetros de Carsely, el pueblo donde vivía.

Los cínicos dicen que Evesham es famosa por el paro y los espárragos. Ubicada a orillas del río Avon en el Valle de Evesham, el Jardín de Inglaterra, famosa por sus viveros, huertos y, claro, por sus espárragos, aun así, Evesham puede aparecer a ojos del turista que acude a visitar sus edificios históricos como una ciudad dejada de la mano de Dios. Pese a su creciente población, las tiendas cierran una tras otra y los tablones que cubren los escaparates están decorados con escenas del antiguo Evesham pintadas por artistas locales, de manera que a veces parece un pueblo de pinturas y tiendas baratas de artículos de segunda mano. Mujeres tremendamente fértiles empujan carritos con niños pequeños. La moda imperante consta de unas mallas coronadas por un blusón. Como ya dijo la columnista y famosa tertuliana televisiva Ann Robinson, daba la impresión

de que las mallas venían incluidas en el mismo paquete que los carritos y los bebés.

Agatha era de la opinión de que muchas de las tiendas de ropa cerraban porque los dueños no cuidaban sus escaparates y no se fijaban en las tallas de la población femenina; por eso solo tenían existencias hasta la talla 44 en lugar de hasta la 50.

Caminó hasta High Street, sin detenerse siquiera a contemplar la imponente mole de las iglesias antiguas. A Agatha no le interesaba la historia tanto como a James Lacey, el amor de su vida, su vecino, que había partido de nuevo de viaje, dejando su *cottage* vacío y a Agatha deprimida y con cada vez más pelos grises en la cabeza.

La peluquería se llamaba Mr. John's. La esposa del vicario había apremiado a Agatha para que se asegurase de que la atendiera el propietario en persona.

Y ahí estaba, resplandeciente bajo el calor de High Street, un local de discreta fachada con el rótulo de MR. JOHN'S en letras de latón con filigranas sobre la puerta.

Agatha la abrió y entró. Ni rastro de aire acondicionado, faltaría más. Esto era Inglaterra y la memoria aún guardaba recuerdos muy recientes de veranos fríos para que los dueños de los locales se decidieran a instalar aire acondicionado.

Una recepcionista tachó el nombre de Agatha en el cuaderno y llamó a una chica delgada y con acné para que la acompañara al salón. Agatha empezó a arrepentirse de haber venido. Se dirigió con desgana hasta una sala del fondo y la chica le dijo que iba a buscar Mr. John.

Agatha contempló con mal humor su reflejo en el espejo. Se sentía vieja y ajada.

Entonces, de repente, detrás de ella, en el reflejo del espejo, apareció una visión y una voz agradable dijo:

—Buenas tardes, señora Raisin, soy Mr. John.

Agatha parpadeó. El tal Mr. John era alto y muy, pero que muy apuesto. Tenía un pelo rubio tupido y unos ojos azules muy brillantes, deslumbrantemente azules, tan azules como el ala de un martín pescador. La cara estaba levemente bronceada.

—A ver qué tenemos aquí —dijo él.

—Tenemos un pelo púrpura —soltó Agatha, que se sentía poca cosa ante la aparición de alguien tan atractivo.

—Eso tiene fácil remedio. ¿Quiere que también le arregle el peinado?

Agatha, que acostumbraba a llevar el pelo corto, se lo había dejado crecer bastante. Se encogió de hombros. «De perdidos al río», se dijo.

—¿Por qué no?

—Usted no es de por aquí, ¿me equivoco?

Mr. John agitó el tinte de pelo con manos fuertes y bien cuidadas.

—No, soy de Londres. —Agatha no tenía la menor intención de contarle ni a él ni a nadie su infancia en una barriada de Birmingham—. Tenía mi propia empresa de relaciones públicas, la vendí, me jubilé anticipadamente y me instalé en Carsely.

—Bonito pueblo.

—Sí, un sitio muy agradable.

—¿Y a su marido le gusta?

—Mi marido falleció.

Las manos del peluquero se quedaron suspendidas sobre la cabeza de Agatha.

—Raisin. ¿Raisin? Ese apellido me suena de algo.

—Es muy posible. Lo asesinaron.

—Ah, sí, ya me acuerdo. Qué terrible debió de ser para usted.

—Ya lo he superado. Además, cuando ocurrió, hacía años que no veía a mi marido.

—Bueno, una dama atractiva como usted no seguirá soltera por mucho tiempo.

—Estoy segura de que lo ha dicho con buena intención, y también de que se lo dirá a todas sus clientas aburridas —comentó Agatha con irritación—, pero sé muy bien cuál es mi aspecto.

—Oh, eso lo dice porque aún no se ha hecho un peinado especial. Cuando haya terminado, tendrá que quitarse de encima a los moscones.

De repente, Agatha se rio.

—Está muy seguro de sus habilidades.

—Tengo motivos de sobra para estarlo.

—Entonces, si es tan bueno, ¿qué hace en Evesham?

—¿Y por qué no? Me gusta Evesham. La gente es agradable. Aquí soy el rey. En Londres estaría perdido entre tanta competencia. Bien, ya está lista. Pondré el temporizador en marcha. Sharon, trae un café y unas revistas a la señora Raisin.

Había entrado una mujer y se había sentado en la silla al lado de Agatha.

—¿Preparada para un tinte nuevo, Maggie? —la saludó Mr. John.

—Si lo crees conveniente —dijo Maggie levantando la mirada hacia él con ojos embelesados.

—¿Le gustó a tu marido el nuevo peinado?

—A él no le gusta nada de mí. —La voz de Maggie había adoptado un tono quejumbroso—. No para de insultarme, de la mañana a la noche. Te lo aseguro, John, si no fuera por lo que tú me animas, me quitaría de en medio.

—Vamos, mujer. Ya verás como te sientes mejor en cuanto haya terminado contigo.

Mientras Agatha esperaba a que el tinte actuara, Mr. John y un par de sus ayudantes se mantuvieron ocupados con el resto de las clientas. Ella no pudo evitar sorprenderse de las intimidaciones que llegaban a oídos de los peluqueros.

Agatha lo miraba a hurtadillas mientras trabajaba, admirando su cuerpo atlético, su pelo rubio y, sobre todo, oh, aquellos ojos azules, azulísimos.

Agatha se sintió viva por primera vez desde hacía semanas.

El temporizador pitó y la condujeron a un lavabo donde le quitaron los restos de tinte. Luego volvió a ponerse en manos de Mr. John, que le colocó unos cuantos rulos.

—Creía que sería tan solo lavar y secar.

—Voy a darle volumen al pelo... Agatha. Su nombre de pila es Agatha, ¿no?

Un peluquero menos atractivo que ese habría recibido una brusca respuesta de que no, que ella era la señora Raisin. Agatha asintió.

—Le encantará.

—Nunca he llevado un peinado así. Siempre lo he llevado corto.

Él chasqueó la lengua.

—Las señoras que no se dan la importancia que merecen siempre llevan el pelo corto. Muéstreme a una mujer con el pelo al cero y la tomaré como ejemplo de baja autoestima. A ver qué le parece: si no le gusta cómo le queda, se lo corto.

Agatha dio su aprobación con reticencia, aunque empezó a notar que sudaba. ¿Cómo era capaz él de mantenerse tan frío?

Le dio la impresión de que llevaba horas bajo el secador de aire caliente cuando la rescataron y la llevaron de nuevo con Mr. John.

Mientras él se concentraba en su cabello, Agatha observaba encantada cómo emergía su nuevo aspecto. Su pelo volvía a ser castaño y brillante, pero ahora se alzaba en un moño francés que luego se distribuía alrededor de su cara rellena de modo que la hacía parecer más delgada. Se olvidó del calor. Le sonrió sinceramente agradecida.

Cuando volvía caminando por High Street, contemplando admirada su propio reflejo en los escaparates, se dio cuenta de que no había pedido una nueva cita. Pero es que Agatha casi nunca iba a la peluquería, solamente se acercaba a Londres a que le cortaran el pelo cuando lo llevaba demasiado largo.

Al llegar a casa, abrió todas las puertas y ventanas para que entrara aire fresco. Sus dos gatos se precipitaron al jardín y se tumbaron en la hierba, aletargándose al sol.

Miró el teléfono, que permanecía mudo. Para empeorar su depresión, era como si se hubiera propuesto no sonar nunca más. Su amigo, el sargento detective Bill Wong, estaba de vacaciones; sir Charles Fraith, con

quien había estado implicada en un par de casos, andaba por el extranjero; solo Dios sabía dónde estaría James Lacey, y ni siquiera Roy Silver, su antiguo empleado, se tomaba la molestia de llamarla.

Entonces se acordó de que esa noche había reunión de la Carsely Ladies Society. Una ocasión pintiparada para lucir su nuevo peinado.

La señora Bloxby celebraba las reuniones de la sociedad en la vicaría, pero, a causa del sofocante calor, había sacado las sillas y las mesas al jardín.

El peinado de Agatha fue muy elogiado.

—¿Dónde se lo ha hecho? —preguntó la señora Friendly, un mujer regordeta y jovial que normalmente hacía honor a su *amigable* apellido.¹ Se había mudado hacía relativamente poco a Carsely y servía de antídoto a otra de las recién llegadas, la señora Darry, que mordisqueaba un trozo de pastel con la concentración de un conejo.

—En Mr. John's, en Evesham —dijo Agatha.

Para su sorpresa, la expresión de la señora Friendly se arrugó como la de un niño dolido.

—Yo nunca iría ahí —dijo en voz baja.

—¿Por qué?

Agatha miró descaradamente el pelo de la señora Friendly, que era de un castaño desvaído y le caía en mechones húmedos alrededor de la cara.

—Por nada —murmuró la señora Friendly—, una oye cosas.

—¿Sobre el peluquero?

1. Juego de palabras con el apellido de la respetable dama, *friendly*, «amigable» en inglés. (*N. del T.*)

—Sí.

—¿Qué tipo de cosas?

—Tengo que hablar con la señora Bloxby.

La señora Friendly se ausentó.

Agatha la miró fijamente y a continuación se encogió de hombros. Se le acercó la señorita Simms, la madre soltera de Carsely y secretaria de la sociedad.

—Está espléndida, señora Raisin. —Hacía mucho que Agatha había renunciado a seguir pidiendo a los miembros de la sociedad que la llamaran por su nombre de pila. A todas parecía gustarles la anticuada formalidad de los apellidos. La señorita Simms llevaba unos pantalones muy cortos con una camiseta sin mangas y sus habituales tacones de aguja—. ¿Dónde la han peinado?

—En Mr. John's, en Evesham.

—Oh, una vez me peinaron allí. Fui la dama de honor en la boda de mi hermana Glad. Me hizo un peinado precioso, pero él no me cayó bien.

—¿Por qué?

—Se lo tenía muy creído. Babeaba con las clientas más ricas.

Agatha se encogió de hombros.

—En realidad, no importa mucho cómo sea un peluquero, ¿no?

—Para mí sí. Quiero decir que... no me hace gracia que me toque alguien que no me gusta.

Se dio aviso del inicio de la reunión. Iba a dar comienzo uno de los conciertos de la sociedad en Ancombe. A Agatha se le cayó el alma a los pies. Los conciertos de la Ladies Society eran un auténtico espanto, veladas interminables de canciones estridentes y actuaciones penosas.

La señora Darry abrió la boca para hablar, los ojos le centelleaban en su cara de hurón. Vestía blusa y falda y chaqueta de *tweed*, pero no parecía notar el calor.

—¿Por qué la señora Raisin nunca se ofrece voluntaria para nada?

—¿Y por qué no se ofrece usted? —le espetó Agatha.

—Porque yo me encargo del té.

—No tengo talento —dijo Agatha.

La señora Darry rio con estridencia.

—Tampoco lo tienen las otras, pero eso no les impide actuar.

—Ese ha sido un comentario desagradable —se quejó la señora Bloxby.

La señorita Simms, que se había ofrecido a hacer su imitación de Cher, fulminó a la señora Darry con la mirada.

—Foca celosa —espetó.

—Me están entrando ganas de dejar que se preparen el té ustedes solas —comentó la señora Darry.

Se hizo el silencio. Entonces, Agatha dijo:

—Ya lo haré yo.

—Buena idea —contestó la señorita Simms.

La señora Darry se puso en pie.

—En ese caso, dado que no necesitan mis servicios, me voy a mi casa. —Y salió ofendida del jardín.

Agatha se mordió el labio. No quería tener que molestarse preparando el *catering* para un grupo de mujeres, y menos con el calor que hacía.

La depresión que se había disipado en cierta medida con la visita al peluquero volvió a abatirse sobre ella como una nube oscura. «Así es tu vida, Agatha Raisin. Atrapada en un pueblo de los Cotswolds, alejada de

cualquier emoción, alejada de las aventuras, preparando té para un montón de mujeres aburridas.»

Acabada la reunión, volvió a casa andando cansinamente. No parecía correr ni una pizca de aire.

Abrió todas las ventanas. Miró el teléfono mudo. ¿Habría llamado alguien mientras estaba fuera? Marcó el 1571 para escuchar el buzón de llamadas. «Tiene un mensaje», dijo una voz con una dicción de ordenador. «¿Quiere escucharlo?»

—Por supuesto que quiero, zorra estúpida —gruñó Agatha.

Siguió un silencio, y luego la voz dijo con delicadeza:

—No he entendido bien. ¿Quiere escuchar su mensaje?

—¡Sí!

Sonó un clic y luego se oyó el tono de voz perfectamente modulado de sir Charles Fraith:

—Qué hay, Aggie. ¿Te apetece cenar conmigo mañana?

Agatha se animó al oír la propuesta. Aunque había sido cauta con respecto a Charles a causa de una relación de una noche durante una estancia de ambos en Chipre —una noche de sexo a la que, todo hay que decirlo, él pareció darle muy poca importancia—, la idea de salir a cenar y lucir su nuevo peinado la atraía bastante.

Marcó su número y saltó el buzón de llamadas, así que dejó un mensaje diciéndole que pasara a recogerla a las ocho de la tarde del día siguiente.

Su depresión volvió a atenuarse, se dirigió al piso de arriba, se dio un baño y se acostó. Se había dejado el peinado intacto, recogido con horquillas, pero al re-

costarse en la almohada, estas se le clavaban en la cabeza. Finalmente tuvo que levantarse, se quitó todas las horquillas y volvió a acostarse. Se pasó la noche dando vueltas y removiéndose a causa del agobiante calor. Tronó y empezó a llover a las dos de la madrugada, pero no bastó para refrescar el ambiente.

Cuando se levantó por la mañana, descubrió que tenía el pelo hecho un desastre, húmedo por el calor, y el peinado desarreglado debido a todas las vueltas que había dado.

En cuanto supo que la peluquería estaría abierta, llamó a la recepcionista de Mr. John para ver si podía darle hora para ese mismo día.

—Lo lamento, señora Raisin —dijo la recepcionista en un tono bastante engreído—. Mr John tiene todas las horas reservadas.

—Pásemelo.

—Perdón, ¿cómo ha dicho?

—Ha dicho que me lo pase... ¡ya!

—Oh, muy bien.

—¡Agatha! —la saludó Mr. John como si fueran viejos amigos.

—Tengo una cena y mi peinado está hecho un auténtico desastre. ¿Podría encontrarme un hueco?

—Me encantaría ayudarla, querida. Déjeme ver. Dame la agenda, Josie.

Escuchó el leve crujido de las hojas al pasarlas y al poco volvió al teléfono.

—Ayer le lavamos el pelo, así que lo que podría hacer es ponerle unos rulos y ahuecárselo, pero tendría que ser a las cinco en punto.

Agatha pensó rápidamente. Tendría tiempo de so-

bra para que la peinara, volver a casa, arreglarse y cambiarse para su cita con Charles.

—Perfecto —dijo—. Ahí estaré.

Subió al dormitorio y abrió de par en par las puertas del armario. ¿Qué iba a ponerse? Tenía todavía aquel pequeño vestido negro que no se había puesto desde Chipre. A él le había gustado. Se lo probó. Le quedaba holgado. Agatha pensó en lo extraño que era que la depresión consiguiera con tanta eficacia lo que todas las dietas y el ejercicio no habían logrado. Había adelgazado.

Decidió acercarse en coche a Mircester y buscar algo nuevo.

El volante casi le quemó las manos y llegó a las afueras del pueblo, acelerando por la Fosse Way, antes de que el aire acondicionado empezara a notarse.

Mircester titilaba bajo el calor sofocante. Encontró plaza de aparcamiento sin dificultad. Parecía que mucha gente había optado por no salir de casa. Agatha se puso las gafas de sol y alzó la mirada entornando los ojos hacia el cielo. Ni una sola nube a la vista. Se dirigió a Harris Street, junto a la plaza principal, que presumía de una serie de boutiques caras.

Entró y salió de una tienda tras otra, todas asfixiantes, hasta que se vio incapaz de probarse una prenda más. Tal vez sería mejor decidirse por uno de sus viejos vestidos. Le quedaría un poco holgado, pero mejor así, porque seguro que el restaurante al que fueran no tendría aire acondicionado.

Agatha había decidido olvidarse ya del asunto de la ropa cuando, al pasar por delante de una callejuela, junto a Harris Street y la abadía, reparó en que había

mercadillo semanal y estaba lleno de gente. Decidió comprar algo fresco para prepararse una ensalada. Al llegar al mercadillo, y mientras se dirigía a los puestos de verdura, se fijó en que varios tenderetes estaban repletos de ropa de colores brillantes. En uno de ellos, le llamó la atención un vestido de algodón escarlata con un estampado de lotos blancos. Tenía un estilo elegante y natural. Agatha lo toqueteó. Un vendedor indio apareció junto a su codo.

—Bonito vestido —dijo.

Agatha dudó antes de preguntar:

—¿Cuánto?

—Catorce libras.

Una vez más, Agatha dudó. Era muy barato. Podría arrugarse o incluso descoserse. Había ido a Mircester dispuesta a gastarse unas doscientas libras.

—Haremos una cosa —dijo él con desgana—, puede quedárselo por doce.

—Muy bien, me lo llevo.

El vendedor metió el vestido en una vieja bolsa de plástico.

—Hace mucho calor, ¿verdad? —Agatha le dio el dinero.

—No me diga que debería estar acostumbrado —contestó él con muy malas pulgas—. Nací en Birmingham.

Agatha estuvo a punto de decir «Yo también», pero se calló. Le avergonzaban sus orígenes.

Se probó el vestido en cuanto llegó a casa. Era muy bonito y, una vez se hubiera puesto un grueso collar dorado, incluso parecería caro.

Y ahora, a Mr. John's.

En Evesham parecía hacer aún más calor que en

Mircester. De repente, Agatha sintió nostalgia de su anticuado y sencillo corte de pelo, que podía lavar y arreglárselo sin ayuda de nadie.

Pero ahí estaba Mr. John, más elegante y apuesto que nunca.

—¿Tiene una cita? —le preguntó.

—Sí.

—¿Alguien especial?

Agatha no se resistió a alardear.

—Con un baronet.

—Vaya, qué categoría. ¿Qué baronet?

—Sir Charles Fraith.

—¿Cómo le conoció?

Agatha estuvo a punto de decir «En un caso», pero no le gustaba que interpretara que Agatha Raisin, como tal, no podía conocer a nadie con un título nobiliario, así que dijo sin darse importancia:

—Pertenece a mi círculo de amistades.

«Y espero que eso te baste para callarte la boca», pensó.

—Una lástima —dijo él.

—¿Qué es una lástima?

—Lo considerará un descaro por mi parte, pero tenía intención de pedirle una cita.

—¿Y eso por qué? —preguntó Agatha sorprendida.

—Es usted una mujer muy atractiva.

«Y rica», pensó Agatha con cinismo. No obstante, Mr. John era realmente muy apuesto, con esos ojos tan azules y ese pelo rubio. Si James volvía y los veía saliendo juntos, tal vez se pondría celoso y se sintiera impelido a decir con su voz ronca: «Siempre te he amado, Agatha».

—Lástima.

Mr. John clavó una horquilla en el recogido de Agatha y su sueño de color rosa explotó como una pompa de jabón de brillantes colores.

—Tal vez, alguna noche —dijo Agatha con cautela—. Déjeme pensarlo.

La invitación le había producido una agradable sensación de calidez. Él era un mago en su profesión y, desde luego, peinaba con elegancia.

Al salir, Agatha se dirigió al coche que había aparcado en una doble línea amarilla.

—¡Fíjese dónde han aparcado ese coche! —le siseó una mujer al oído.

Agatha se dio la vuelta. Una mujer regordeta y desaliñada con gafas gruesas la estaba fulminando con la mirada. Agatha se encogió de hombros, fue hasta el coche y abrió la puerta.

—¡Es suyo! —exclamó la mujer—. ¿Es que no sabe que está prohibido aparcar ahí?

Agatha se dio la vuelta y se encaró con ella.

—No obstruyo el tráfico ni estorbo a nadie —dijo sin alterarse—. Y tampoco soy responsable de la descabellada disposición de los aparcamientos en Evesham ni del estúpido sistema de sentido único. Pero me pregunto si alguien como usted, con el calor que hace, no tendrá nada mejor que hacer que meterse con los conductores. Váyase a casa, tómese un té y siéntese con los pies en alto. ¡Y deje de incordiar!

Y sorda a los insultos que empezaban a llenarle los oídos, se subió al coche y se fue.

Charles llegó puntualmente a las ocho. Le dio un casto beso en la mejilla.

—Me gusta tu peinado, Aggie. Y el vestido. De hecho, esta tarde he comprado uno igual en el mercadillo de Mircester para mi tía. No hacía más que quejarse de que no tenía nada elegante que ponerse.

—Pues mira por dónde, yo este lo compré en Harrods —mintió Agatha—; el del mercadillo debe de ser una burda imitación. —La satisfacción que sentía por su aspecto menguó—. ¿Dónde vamos a cenar?

—Había pensado que podíamos ir al Little Chef.

Little Chef era una cadena de restaurantes, un poco como los Howard Johnson's estadounidenses, establecimientos de fiar, pero no precisamente elegantes.

—No permitiré que me invites a cenar a un Little Chef. Eres un tacaño, Charles.

—Me gusta su comida —respondió él a la defensiva—. Supongo que tú prefieres bazofia extranjera. Anda, sírveme un whisky mientras pienso en una alternativa.

Agatha le sirvió el whisky y él se acomodó en una silla, meciendo la copa entre sus manos pequeñas y bien cuidadas. Era un hombre menudo y rubio. Agatha no había descubierto qué edad tenía. Dados sus rasgos suaves y delicados, al principio ella le había echado treinta y muchos. Pero luego concluyó que debía de mediar la cuarentena. Llevaba la camisa desabotonada y había colgado la chaqueta en una silla.

—Ya sé —dijo—. El Jolly Roger de Ancombe, ese pub nuevo.

—No he estado, y no me gusta como suena el nombre.

—Un amigo mío estuvo allí la semana pasada. Me dijo que se come bien. Además, tienen un jardín con

mesas. A propósito, vi a ese detective amigo tuyo en Mircester; ¿cómo se llama, el chino ese?

—Bill Wong. ¡Pero está de vacaciones!

—Pues supongo que las pasará en casa. Llevaba una chica del brazo.

«Y no me ha llamado», pensó Agatha. Bill había sido su primer amigo; la curtida Agatha del pasado, impulsada por su ambición y su carrera, nunca había tenido tiempo para hacer amigos. Notó como la depresión volvía a traspasar el horizonte de su mente.

Se dirigieron a Ancombe y aparcaron delante del Jolly Roger, antiguamente llamado Green Man. Una vez dentro, a Agatha le pareció que todo delataba que la comida era mala: redes de pesca, murales de piratas y camareros vestidos con camisetas a rayas y pantalones pirata con hebillas de «plata». Charles la llevó hasta el jardín donde al menos se estaba más fresco que dentro. Un pícaro camarero que se presentó como Henry les dio dos enormes cartas de colores chillones.

—Oh, mierda —gruñó Agatha—. Escucha esto: Deliciosa salsa de patatas del Capitán Hook. Y ¿qué me dices del Pollo de la Costa de los Bárbaros con buñuelos de maíz crepitante de Long John?

Henry el camarero merodeaba escuchándolos.

—¿Se acuerda de cuando las llamaban gallinas y los pollos eran esas cosas pequeñas con plumas amarillas? —preguntó Agatha.

—Y ahora todo el cordero añejo va de tierna ovejita, querida —dijo Henry riéndose entre dientes.

Agatha le miró con desagrado.

—¿Por qué no se larga y deja de retorcerse y sonreír? Ya le llamaremos cuando sepamos qué queremos.

—Vaya, de verdad, no pretendía... —Henry agachó la cabeza.

—No tengo la culpa de que aún no haya perdido la virginidad. Váyase.

—Has herido sus sentimientos —repuso Charles con calma.

—Me da igual —murmuró Agatha. Bill ni siquiera se había molestado en telefonarle—. ¿Qué vas a pedir?

—Tomaré el «desayuno de todo el día». El Especial Dick la Vigota, y espero que lo sirvan con un montón de patatas fritas.

—¿Sin ningún entrante? Bueno, yo pediré una ensalada de jamón.

—No pueden tener nada que se ajuste a una descripción tan simple como ensalada de jamón.

—Aquí lo llaman Cerdo Asado de los Mares del Sur, troceado y en un lecho de ensalada crujiente con picatostes de Galleta Marinera.

—Oh. ¿Vino?

—¿Por qué no?

Charles le hizo un gesto al camarero, pidió lo que querían y una jarra de vino de la casa.

—¿Ninguna botella con unos cuantos años para mí? —preguntó Agatha.

—Permíteme que no corra el riesgo en un local como este.

—Entonces ¿por qué me has traído aquí?

—Dios, sí que estás avinagrada esta noche, Agatha. ¿Es porque James no está?

—Pues no, no está; anda por ahí.

—Y seguro que ni siquiera se despidió cuando se fue, ¿no es así? Ya, te lo veo en la cara.

—Los hombres son tan inmaduros...

—Eso es lo que siempre nos echáis en cara.

—Bueno, pues será verdad.

—Es una parte necesaria de la forma de ser masculina. Nos permite soñar a lo grande y cumplir nuestros sueños. ¿Te has preguntado alguna vez por qué todos los inventores son hombres?

—Porque las mujeres nunca han tenido oportunidades.

—Respuesta equivocada. Las mujeres son pragmáticas. Tienen que serlo para criar a los hijos. Ilustraré mi teoría con una historia. —Apoyó la barbilla en las manos y miró a Agatha con expresión distraída—. Un hombre va a estudiar a Cambridge. Las universitarias le aterran y, además, solo están interesadas en musculitos que juegan al rugby y él es un joven estudioso. Así que se enamora de una camarera, la deja embarazada y se casa con ella. Él saca matrícula de honor en Física, pero tiene que alimentar a su nueva familia, por lo que empieza a trabajar en una agencia de seguros y ahí lo tenemos: hundido hasta el cuello por los pagos de la hipoteca y el coche, y, además, su mujer da a luz a gemelas. Pasan los años y él se encierra los fines de semana en el cobertizo del jardín. Su mujer se queja y protesta: «No te vemos nunca. Sharon y Tracey echan de menos a su padre. ¿Qué haces?». Al final, él se lo cuenta. Está construyendo una máquina del tiempo. Entonces, ella estalla. «¿Pagaré eso las facturas?», le grita iracunda. Los Jones, los vecinos, tienen un nuevo congelador. ¿Cuándo se lo comprarán ellos? Etcétera. Así que él vuelve a encerrarse en el cobertizo y empieza a dar martillazos para no oírla mientras ella sigue gritando.

»El caso es que él construye su máquina del tiempo, se convierte en multimillonario y se fuga con una amiga de la oficina, que es la única mujer que de verdad le entiende y le ha apoyado, y lo ha hecho, claro, sin tener ni idea de lo que él le hablaba, solo por lo emocionante que le resultaba liarse con un hombre casado. Se divorcia de su esposa y se casa con la chica de la oficina; a ella el dinero se le sube a la cabeza, se relaciona con el pijerío europeo y se fuga con un piloto de carreras y todos viven infelices por más perdices que coman. Moraleja: los hombres y las mujeres son diferentes y deberían empezar a aceptarlo.

Agatha rio.

—¿Y él no podría haberse fugado en su máquina del tiempo?

—Por supuesto que no. Le dieron millones por destruirla. No podían permitir que le gente fuera por ahí saltando de siglo en siglo y cambiando la historia.

—Nunca sé si eres un cerdo machista o si solo eres gracioso y estás bromeando.

—Yo nunca bromeo. Mírame las arrugas de la frente, Aggie. Son fruto de mis pensamientos profundos. ¿Y tú qué me cuentas? ¿Ningún asesinato interesante y jugoso entre manos?

—Nada de nada. Soy una detective jubilada.

—Creía que tus experiencias en Chipre te habrían empachado de muertes y crímenes de por vida.

Chipre. Donde había pasado una noche con Charles, y, tras enterarse James, nada volvió a ser ya igual. Agatha nunca reconocería que su relación con James no funcionaba desde mucho antes de aquella aventura con el baronet.

Al ver que se le ensombrecía la mirada, Charles comentó con dulzura:

—No habría salido bien, ya lo sabes. James es solo una persona al veinte por ciento.

—No te entiendo.

—A ver si me explico. Tú eres una persona al ochenta y cinco por ciento, pero James solo da el veinte por ciento de sí mismo. No es una cuestión de querer o no, sino de poder o no. Muchos hombres son así, pero las mujeres no lo entenderán nunca. Ellas siguen dando. E imaginan que, si se acuestan con un hombre de veinte por ciento, y ellas entregan su último quince por ciento más íntimo, a la mañana siguiente se despertarán milagrosamente al lado de un hombre que a su vez se entregará al cien por cien. Craso error. Y eso en el caso de que se despierten a su lado, porque lo más probable es que se encuentren una nota en la almohada que ponga: «Me he ido a casa a dar de comer al perro», o algo por el estilo.

Agatha recordó noches con James seguidas de mañanas en las que él siempre se levantaba antes que ella y nunca mencionaba la noche que habían pasado juntos, ni la abrazaba ni la besaba.

—Tal vez simplemente fui la mujer equivocada —admitió.

—Hazme caso, querida. Para James, cualquier mujer es la mujer equivocada.

—A lo mejor me habría conformado con el veinte por ciento.

—Mentirosa. Ah, aquí está nuestra comida.

Para sorpresa de Agatha, el jamón estaba delicioso y la ensalada, fresca y crujiente.

—Y entonces ¿qué? ¿Ya no vamos a hacer más de detectives? —preguntó Charles mientras le echaba ketchup a las patatas.

—No puedo ir por ahí buscando cadáveres para que me animen la vida.

—¿Ni tampoco algún trabajo de relaciones públicas?

—Nada. Todos mis esfuerzos se concentran en preparar té y pastas para las señoras de Ancombe.

—Ya se te ocurrirá algo, Aggie. ¿Y no hay hombres a la vista?

—Uno muy atractivo.

—¿Quién?

—Mi peluquero.

—Ah, el responsable de tu renovada elegancia.

—El mismo.

—Los peluqueros son veleidosos. Me acuerdo de... Da igual, olvídale.

—¿Y qué me cuentas de tu vida amorosa, querido Charles?

—Nada por el momento.

Se pasaron el resto de la cena recordando sus aventuras en Chipre y luego él la llevó a casa.

—¿Voy a pasar la noche contigo? —preguntó Charles ante la puerta de Agatha.

—No, Charles, no me va el sexo sin compromiso.

—¿Y quién dice que sería sin compromiso?

—Charles, en Chipre ya demostraste que no soy más que una diversión pasajera para ti. ¿No has pensado nunca que también tú puedes ser uno de esos del veinte por ciento de los que tanto hablas?

—¡Buf! Ten en cuenta, Aggie, que cualquier mujer que ofrezca un ochenta y cinco por ciento y salga con

hombres que den el veinte por ciento es porque ella misma también teme el compromiso.

Charles se despidió con un gesto de la mano y se encaminó hacia su coche.

Agatha entró en casa, alicaída. No tenía mensajes telefónicos. ¿Y en qué pensaba Bill Wong para no llamarla?

Lo sensato habría sido que ella lo telefoneara, pero a Agatha le asustaba la posibilidad de descubrir que había perdido el afecto de su primer amigo.

La vida seguía. Y ella también tenía que seguir adelante. Tal vez, después de todo, aceptara la invitación de Mr. John.